

Carlos Dedekind Marazzani Visconti

NEMESIS

el rey debe morir



Carlos Dedekind Marazzani Visconti

NÉMESIS

El Rey debe morir



Caracas, 2023

© Araca Editores, 2023

aracaeditores@gmail.com

@aracaeditores

Coordinación editorial: Felgris Araca

Diseño de cubierta: José Ruiz Aracas

Diagramación: José Ruiz Aracas.

Corrección: Lily Ferraro.

ISBN: 978-980-441-017-8

Caracas, Venezuela.

Dedicatoria

*A Luis Dulcey Arboleda
quien con su inagotable chispa literaria
logró prender mi imaginación, haciendo posible
que me atreviera a realizar esto.*

Con aprecio.

Carlos Dedekind Marazzani Visconti

Índice

Prólogo	11
Prefacio	13
Introducción	15
Capítulo I	
Lima, invierno de 1939	17
Capítulo II	
Nápoles, verano de 1939	31
Capítulo III	
Italia, mediados del siglo XV	45
Capítulo IV	
Nápoles, año del señor de 1458	47
Capítulo V	
Alfonso V El Magnánimo	53
Capítulo VI	
Ferrante y los Barones rebeldes	75
Capítulo VII	
l'Strega di Napoli y el Rey	81
Capítulo VIII	
La transmutación de Emilio	87

Capítulo IX	
I Signori di Marzano	93
Capítulo X	
En el castillo de la Sessa Aurunca	97
Capítulo XI	
En la Sala Mayor	109
Capítulo XII	
Los amantes	119
Capítulo XIII	
La Conjura se materializa	127
Capítulo XIV	
El Aquelarre	133
Capítulo XV	
El Bosque de San Silvestre	139
Capítulo XVI	
La Riserva Reale dell'Astroni	147
Capítulo XVII	
Caccia al Cinghiale	157
Capítulo XVIII	
Entre brujas y reyes	167
Capítulo XIX	
La actuación de Rigoletto.	171
Capítulo XX	
La estratagema de Orsino	181

Capítulo XXI	
El mundo de Marino se derrumba.	197
Capítulo XXII	
La traición se consuma y Marino se suma a los rebeldes.	205
Capítulo XXIII	
Planes para la Conjura	215
Capítulo XXIV	
La emboscada	237
Capítulo XXV	
La Trampa	255
Capítulo XXVI	
La solución final	269
Capítulo XXVII	
El Rey debe morir	283
Capítulo XXVIII	
El Reto	289
Capítulo XXIX	
Muerte en Campo Cerrado	303
Capítulo XXX	
Consecuencias...	317
Capítulo XXXI	
Epílogo	331

Prólogo

La ficción y la realidad muchas veces pueden tomar forma dentro de una narración, con la finalidad de acrecentar el estímulo del lector que en busca de entretenimiento, se vea inmerso en un mundo de fantasía con visos de veracidad.

Durante el reinado del Aragonés Fernando I mejor conocido en Italia como Ferrante, el Mezzogiorno italiano, que ya con anterioridad había sido duramente golpeado por epidemias y posteriores sequías, ahora se enfrentaba ante su mayor calamidad, la mano dura de este gobernante hispano.

Ferrante era hijo natural del rey Alfonso V el Magnánimo, pero nunca se ha podido establecer cuál fue su madre; inicialmente se pensaba que podía haber sido una joven de origen Valenciano de nombre Margarita de Hajar y hasta se llegó a pensar que podía ser hijo de la infanta Catalina, esposa de Enrique de Aragón. El hecho es que era valenciano y con el tiempo su padre logró inculcarle formación y amplia cultura principesca, con miras a dejarlo como sucesor al trono que él había arrebatado a los franceses.

Durante su largo reinado (1458-1494) Ferrante se vio constantemente amenazado por los nobles peninsulares, a quienes su padre el buen rey Alfonso, respetó siempre durante su reinado (1442-1458).

Fueron estas restricciones a las que no estaban acostumbrados los barones de La Campania, lo que motivaría constantes revueltas y conjuras, que hasta llegaron a atentar contra la vida de Ferrante y han

sido precisamente en estos episodios verídicos en que nos hemos basado para dar vida a nuestra historia, salpicándola de pasajes en los que la ficción y el suspenso predominan.

Némesis es un relato donde el poder, la traición y la venganza se alternan constantemente, llegando incluso a sembrar la muerte entre sus protagonistas.

Viajar al pasado puede resultar fácil, pero regresar...

Prefacio

Fue a principios del 2005; cuando encontrándome aun desempeñando mis funciones de director técnico en una empresa de productos de limpieza institucional en Aruba, me vino a la mente la idea de plasmar en una obra literaria los orígenes del apellido de mi madre Dora Marazzani Visconti; y fue así que di inicio a mis investigaciones sobre esta antigua y muy noble familia italiana.

Durante varios años me dedique a bajar del internet toda la información que podía serme útil para desarrollar mi proyecto, aun sin haber decidido cuál de las opciones sería la acertada, pues no estaba seguro si debía ser una novela o un guion para cine.

Finalmente me decidí por el guion; pensando equivocadamente que requeriría poco trabajo y que posiblemente me tomaría menos tiempo. Craso error, que años después al intentar realizarlo descubriría lo complejo que sería su realización.

El tiempo pasó y habiendo dejado de trabajar decidimos buscar nuestro retiro en Holanda, donde al fin pude dedicarme a realizar el guion; que después de muchas correcciones y cambios lograría poder adaptarlo a mi historia en el formato cinematográfico profesional a fines del 2019.-

Luego casi inmediatamente llegó el Covid 19 que nos cambiaría la vida y durante los dos años de Confinamiento que nos vimos obligados a observar y ante la necesidad de buscar actividades dentro de casa, decidí que había llegado el momento de hacer la novela, basándome en los textos de mi guion.

Fueron casi 18 meses de intenso trabajo adaptando esta fantástica historia al formato literal, que finalmente he logrado y que espero os guste.

Introducción

El Solfatara duerme por debajo de la apacible ciudad de Nápoles desde hace más de 4000 años; sin embargo, él “despierta” algunas veces y cuando lo hace, siembra la destrucción, el terror y la muerte...

Es un caluroso día del verano de 1939 y Emilio ha llegado a Nápoles, de vacaciones.

Entusiasta como es él, está decidido a pasarlo bien y se ha unido a un grupo de turistas que harán un recorrido por los Campos Flégreos, emblemático paraje primigenio, que se formó por las continuas erupciones de los volcanes adyacentes al municipio de Pozzuoli, a menos de 15 kilómetros de la ciudad de Nápoles.

El paraje es sofocante y poblado por abundantes rocas amarillentas, que constantemente son salpicadas por explosiones de barro hirviente que con estridentes silbidos se deposita sobre ellas. A su alrededor se pueden ver las innumerables cavernas que se han formado a lo largo del tiempo.

Un olor nauseabundo llena el ambiente.

Emilio se ha internado siguiendo las rutas marcadas hasta que finalmente una valla le detiene. El paso está prohibido pero algo le incita a seguir adelante y desestimando las indicaciones de peligro continúa ascendiendo por una pendiente rocosa que le está llevando directamente a una cornisa, donde se ven innumerables cavidades que se internan entre los escombros.

De pronto el audaz visitante fija su mirada en una de las cuevas que poderosamente le está llamando la atención y

sin dudarlo se adentra en ella. Casi no puede ver y siente que el aire enrarecido le está asfixiando.

Súbitamente se escucha un rugido y todo el piso se mueve a sus pies, mientras partes de la caverna se desprenden a su alrededor. Emilio retrocede y con agilidad evita las rocas que llueven sobre su cabeza hasta que finalmente una le derriba y pierde el conocimiento.

Emilio se ha recuperado y al abrir los ojos descubre que se encuentra dentro de una estancia rocosa y poco iluminada. Aguzando la vista, logra distinguir la figura de lo que pareciera ser una anciana mujer de blancos cabellos y raída vestimenta, que desde sus pequeños ojos azules le está mirando, mientras una burlona sonrisa aflora de sus arrugados labios.

Su aspecto es dulce y parece inofensiva.

Sibila, la bruja de Nápoles ríe bajito y acercándose ante un resquebrajado espejo murmura algo que no llegamos a entender... *O potens Attica matrona, rogo te punire nefarium qui me vexavit. Sola facere potes divinam Nemesis, justitae ac vindictae deam.*

(Oh poderosa señora de Atica, os pido castiguéis al infame que me ha vejado. Solo tú puedes hacerlo divina Némesis, diosa de la justicia y la venganza). El espejo ha quedado en blanco, la figura de la bruja se ha borrado, pero unas palabras responden a su llamado. No os preocupéis Sibila... Emilio os ayudará.

Capítulo I

Lima, invierno de 1939

Era un lúgubre amanecer del mes de junio y el invierno ya dejaba sentir ese frío viento costero, que desde el Pacífico soplaba inclemente colándose hasta los huesos, mientras la típica garúa limeña que no moja pero empapa, caía con meticulosa persistencia durante toda la mañana. Ese día el índice de humedad estaba al máximo y como siempre la niebla del amanecer aún no levantaba; sin embargo ya se podía oír el ruidoso cacarear de los gallos, que con su dislocado eco anunciaban el amanecer en el populoso distrito del Rimac, conocido antaño como el barrio de San Lázaro.

El callejón estaba pobremente iluminado y con dificultad se podía distinguir la hilera de rústicas y derruidas puertas, que separadas por escasos metros servían de ingreso a los apretujados conjuntos de vivienda, donde familias humildes y de escasos recursos se guarecían tratando de sobrevivir en la ya congestionada ciudad de Lima, otrora la encumbrada Ciudad de los Reyes. Eran esos difíciles años previos a la segunda guerra mundial, que inexorable se avecinaba.

Pepe Quispe el conocido hampón azote de los Barrios Altos dormía plácidamente en el habitáculo marcado con el número cuatro, seguro de que nadie pensaría en buscarle en aquel paupérrimo barrio marginal. El bandido había tenido un fin de semana provechoso en sus correrías y como era su costumbre, los

domingos descansaba hasta bien entrada la mañana. Se oyeron unos violentos toques en la puerta, y Pepe sobresaltado se levantó a regañadientes.

-¿Carajo qué diablos pasa? -Pepe, Pepe... ¡abre la puerta!

El bandido al oír su nombre abrió sigiloso y viendo que se trataba del primo le hizo entrar.

-Mierda Rubén qué pasa...tú sabes que los domingos son sagrados para mí; ¿dime a que se debe tanto ruido?

-¡Es la poli! -le apremió el compinche-. Estoy seguro que alguien ha cantado pues hay un tipo raro en la esquina y no se mueve desde que amaneció.

Pepe sonriendo le franqueó la entrada al primo. No era la primera vez que le buscaba la policía, pero eso nunca fue un problema para él pues sus “conexiones” siempre lograban abrirle las puertas de la cárcel, tan solo entrar.

-Pasa, pasa Rubén; siéntate por allí -Pepe con exagerada calma se dirigió al baño y ante la atónita mirada del primo procedió sin prisa a darse una ducha, luego envolviéndose en una suntuosa bata de seda se acercó al resquebrajado espejo para acicalarse y tomando con delicado gesto el pulverizador, el petimetre se roció profusamente con la fina lavanda importada.

El bandido luego de inspeccionar detenidamente su aspecto se dirigió al desvencijado armario, donde reposaban sus elegantes ternos hechos a la medida en legítimo casimir inglés; presentes de las muchas amantes que siempre le habían ayudado a mantener sus extravagantes y costosos gustos, como ahora lo hacía Lupe la conocida bailarina cubana de moda con la que Pepe se exhibía casi siempre los domingos, llevándola muy orondo del brazo por el famoso Paseo de Aguas del Rimac; al igual que tiempo atrás lo había hecho Don Manuel Amat y Junyet, uno de los virreyes más galantes que tuvo la ciudad, cuando sacaba a pasear a Micaela Villegas, la famosa bailarina a quién el pueblo llamaba despectivamente La Perricholi, (la perra chola).

sabré eludir al poli y si acaso se pone cómico le pego un tiro; tú me conoces no soy de correrle a nadie.

Los primos se alejaron en direcciones opuestas; Pepe se encaminó por el jirón Cajamarca dirigiéndose a la plaza de toros, donde pensaba eludir a su perseguidor entre la enorme multitud que seguramente ya estaba atestando las graderías de la emblemática Plaza de Acho, donde precisamente ese día se presentaba el novel diestro nacional: Adolfo Rojas, El Nene.

El recorrido lo hizo sin prisas, y mientras caminaba sin mostrar preocupación se detuvo frente al iluminado escaparate del L' Atelier de Margarita; la modista donde tantas veces la Lupe le había hecho entrar en busca de novedades. Pepe hizo como que se ajustaba el sombrero y pudo ver al individuo que a distancia le seguía por la acera del frente. Era alto y delgaducho pero se le veía bien vestido. El sombrero no dejaba ver sus facciones, sin embargo por su facha, Pepe sabía que no le era conocido, debía tratarse de un novato recién salido de la academia. Pepe sonriendo se alineó la corbata al tiempo que un súbito destello se escapó de entre sus dientes. El oro en su dentadura denotaba su status en el hampa limeña.

Pepe más tranquilo prosiguió su camino. Ya se encontraba a tan solo una cuadra de la plaza de toros cuando extrañado notó que algo no estaba bien, pues aún no lograba oír el característico griterío que siempre hacía la muchedumbre, en las colas de las taquillas, al tiempo de comprar las entradas para el espectáculo taurino; el bandido algo desconcertado se detuvo y extrajo el Longines, que sujeto a una gruesa leontina de oro tenía por costumbre llevar oculto en una de los bolsillos del chaleco y ¡Oh sorpresa!, las taquillas de venta aún no estaban abiertas, ya que faltaba más de una hora para que se iniciara la venta.

Esto contrarió a Pepe, su rostro perdió el color, ahora se le veía tenso ya no sonreía. Pepe debía encontrar una solución lo más pronto posible y nervioso volvió a mirar atrás tratando de ver si el policía aún le seguía y para su desgracia lo vio parado a menos de

cien metros. Ahora Pepe podía verle mejor el rostro; el individuo le miraba exhibiendo una sonrisa burlona mientras mantenía ambas manos dentro de los bolsillos en actitud agresiva.

Seguro que allí ocultaba un arma, pensó Pepe.

Quispe no era hombre que se amilanara delante de un poli y con brusco movimiento se ajustó el elegante sombrero prosiguiendo su caminata. El bandido siempre tenía una solución a mano para cualquier emergencia y en el camino la encontraría, pero ya no se sentía tan seguro y consternado se dio cuenta que ahora la única posibilidad para burlar la persecución de que era objeto se encontraba algo distante, por lo que decidió apurar el paso.

El Puente Balta se hallaba a solo diez cuadras de distancia y si lograba cruzarlo estaría salvo.

Aún no podía verlo, pero decidido el malhechor se encaminaba casi al trote en busca de esa salida, que pensaba le permitiría llegar al centro de la ciudad y confundirse entre la multitud dominguera; que de seguro ya atestaba las estrechas calles de la capital.

Sofocado y sudoroso aún en pleno invierno, Pepe corría por la húmeda y resbaladiza calzada. Los vistosos zapatos no le ayudaban y resbalaba continuamente, estando a punto de caer en más de una ocasión; pero el bandido era joven, estaba en sus treintas y con agilidad lograba recuperarse continuando su desafortunada carrera.

Buscando alejarse todo lo posible del policía que le seguía, Pepe se encaminó en dirección al puente que une el distrito del Rimac con el centro de la ciudad de Lima; la antigua calle por donde corría el bandido era en bajada y desde donde éste se encontraba ya se podía ver la enorme estructura de piedra y hierro a solo tres cuadras. La puerta de escape que buscaba el hampón estaba a la vista.

Pero ese día no era el día de suerte de Pepe Quispe, pues para su estupor el bandido desconcertado descubriría que el antiguo puente se encontraba atestado por la multitud que acompañaba una procesión. Desde la distancia la enorme Anda recubierta por

láminas de oro y plata relucía, reflejando los escasos rayos de sol que esa mañana ya asomaban. De seguro se trataba de una de las tantas vírgenes que se veneraban en el país desde tiempos de la conquista española en 1535.

Indeciso decidió seguir con su alocada carrera acercándose cada vez más al puente, pero ya no estaba tan seguro de que cruzarlo fuera la solución...

Atravesar ese mar de gente sin que el policía le diera alcance no le sería posible -pensó Quispe y desesperado decidió que lo único que le quedaba era encaminarse a la parte baja del viejo puente, donde le sería posible emboscar al poli por sorpresa.

Pero las cosas no iban a ser tan fáciles para el bandido...

Ágil, el detective ya estaba pisándole los talones y Pepe viendo que su perseguidor le estaba alcanzando tuvo que correr como nunca jamás lo había hecho, tratando de llegar a la orilla del río para ocultarse entre los enormes pilares de concreto que soportaban el puente sobre el caudaloso y rugiente río, que para su mala suerte desde la noche anterior había aumentado considerablemente el caudal, debido a las fuertes lluvias producidas en las serranías.

El Rimac, el río hablador como se le conocía desde tiempos inmemoriales, era llamado así por sus peligrosas corrientes que de tiempo en tiempo arrasaban los poblados ribereños, destruyendo todo a su paso. Pepe mojado y jadeando alcanzó las bases del puente y con rabia arrojó el valioso sombrero a la corriente, luego quitándose el saco logró desenfundar el colt, en espera del policía. El bandido estaba decidido a jugársela.

Emilio Marazzani, el joven vigilante de la Brigada Criminal había recibido instrucciones de ubicar y apresar al conocido azote de los Barrios Altos. Sus jefes sabían que él era el candidato para ese trabajo, no solo por su perspicacia y agudeza policial sino por ser uno de los tiradores de élite que tenía el cuerpo; No querían cometer más errores como anteriormente había sucedido con otros agentes, que por no estar a la altura resultaron heridos por Quispe sin lograr capturarlo.

Emilio no era un novato, había sido trasladado a Lima hacía poco y era por eso que el bandido no le conocía. Marazzani era muy hábil con el revólver y después de haber pasado varios años en el interior, su hoja de servicios le había ganado el cambio a la capital. Ahora él tenía la oportunidad de hacer una captura importante que podría significarle un merecido ascenso.

Cauteloso el detective se acercaba cada vez más ganándole terreno al bandido, ya casi lo tenía al alcance de su arma, pero las órdenes eran apresarle vivo y entregarlo a la comisaría más cercana.

Emilio siguió bajando lentamente hasta las bases del puente; sabía que Quispe se había internado en la corriente y que posiblemente ya se encontraba esperándole en el segundo muro de contención, arma en mano.

Marazzani desenfundó el revólver y sin pensarlo mucho se internó en las agitadas aguas del río hablador, con riesgo de ser arrastrado en su furiosa carrera al océano pacífico, pero su agilidad le permitió llegar hasta el primer muro y aferrándose de los barrotes logró rodearlo por detrás, acercándose al bandido sin que éste se percatara.

Pepe había perdido de vista al policía. Nervioso e impaciente el hombre se asomó por una esquina del muro tratando de ubicar a su perseguidor. Tenía el arma lista, pero no lograba verle; intrigado dio vuelta al muro pero fue demasiado tarde, pues el detective ya lo había rebasado y sin que el bandido se percatara de su movida había ganado el pilar de contención del puente y se encontraba detrás mismo del malhechor, apuntándole mientras le miraba con una sonrisa burlona.

-¡Ríndete Quispe! y no trates de hacer una tontería.

Pepe no estaba dispuesto a entregarse tan fácilmente y rápido levantó el brazo armado en un intento de disparar, pero Marazzani no le dio oportunidad y con un disparo magistral le arrancó el arma de las manos sin causarle ni un rasguño. Consternado, el malandro alzó las manos entregándose sin ofrecer resistencia.

Los salones del Cuerpo de Investigación y Vigilancia de Lima se habían engalanado como nunca. Todo el cuerpo se encontraba presente, esperando la llegada de Emilio para felicitar al valiente agente de la ley, que finalmente había logrado atrapar al escurridizo Pepe Quispe, el Azote de los Barrios Altos que ya se encontraba a buen recaudo en uno de los calabozos del comando. El Inspector Jefe tenía lista la mención honrosa con el respectivo ascenso para el héroe del cuerpo; Marazzani iba a ser promovido a Oficial Segundo.

Como era su costumbre, Emilio llegó temprano a la sede del comando y de inmediato se dirigió a la cafetería en busca del primer café del día. La noche anterior había dormido mal producto de la azarosa persecución que tuvo que realizar en el río para atrapar al rufián y ahora necesitaba un café negro, antes de reunirse con los jefes del comando; pero cosa extraña, en la barra no había nadie y resignado Emilio decidió arreglárselas sin el café dirigiéndose a la sala principal, donde se solía reunir el personal para rendir cuentas. Reporte de Novedades así le llamaban.

Pero ese día las novedades iban a ser muy distintas y el único que no estaba enterado era precisamente el vigilante Marazzani, quien sin saberlo ingresó a la sala y sorprendido comprobó que reinaba una inusual oscuridad. Emilio retrocedió pensando que se había equivocado de recinto, pero en ese preciso momento todas las luces se encendieron de golpe y un griterío ensordecedor atronó el salón paralizándole.

Durante unos segundos su mente quedó en blanco; luego cuando sus ojos se adaptaron al brillo súbito que inundaba la sala pudo asimilar lo que estaba pasando. La algarabía era ensordecedora, más de cien agentes y jefes del orden se encontraban presentes ovacionando al sorprendido vigilante.

Emilio se recostó brevemente en el dintel de la puerta tratando de recuperarse, luego con una leve inclinación logró quitarse el sombrero y esbozando una sonrisa agradeció abochornado el súbito caluroso recibimiento.

-¡Bravo, bravo Marazzani! -gritaban enardecidos sus compañeros mientras aplaudían alborozados arrastrando al sorprendido vigilante hasta el centro del salón, mientras el ambiente se colmaba con los súbitos estallidos de la champaña al ser descorchada y el cristalino entrechocar de las copas que a borbotones se llenaban con el preciado espumante importado, que no se escatimó en aquella gran ocasión.

Emilio rodeado por sus compañeros no lograba aún salir de su asombro mientras los brindis se sucedían entre aplausos y vítores; súbitamente un tintineo mayúsculo hizo que los ruidos cesaran y las miradas de todos se centraron en la tarima, donde el jefe del comando se encontraba copa en mano en espera de tener la atención del pleno.

- Señores, -el Inspector Jefe habló ceremonioso-. Brindemos por este compañero que hoy nos ha dado la satisfacción de reconocerle como el Vigilante del Año -los aplausos y los hurra atronaban el recinto-. Señores... -nuevamente se dejó oír el inspector jefe-. Debo anunciaros que hemos decidido conceder el ascenso a Oficial Segundo al vigilante Emilio Marazzani Visconti, por méritos al diligente servicio que ha sabido prestar a este cuerpo y a la constante perseverancia que ha observado siempre en el cumplimiento de las comisiones asignadas -hubo una pausa y todos aplaudieron las encomiables palabras del Jefe, luego nuevamente se sucedieron los brindis.

El agasajado detective abrumado por los elogios no atinaba a decir palabra y sonriendo modesto solo esperaba que sus alocados compañeros le dejaran libre.

Se dejó oír el repiquetear de la copa y con patente disciplina todos los presentes guardaron silencio, luego el inspector jefe se acercó a Emilio y sin darle tiempo a salir de su asombro le abrazó efusivamente levantando su copa...

-Oficial Emilio Marazzani Visconti -las palabras del jefe vibraron en el silencio de la sala-. En virtud del cargo que desempeño y como muestra de nuestra gratitud, le hago entrega de este presente para que os acompañe en vuestras futuras tareas.

Risas contenidas llenaron el salón, todos sabían de antemano cual era el presente y esperaban ansiosos...

El Inspector jefe con teatral gesto entregó a Emilio un sobrio estuche negro, que éste con humildad lo recibió sin aún dar crédito a lo que estaba pasando; Emilio nunca se había parado a pensar en las consecuencias que tendría la captura del famoso Pepe Quispe, y este recibimiento era una sorpresa para él.

Conmovido Marazzani recibió el obsequio de manos de su jefe, y muy emocionado lo levantó presentándolo a sus compañeros que seguían aupándole-. ¡Que lo abra, que lo abra! -clamaban los presentes entre gritos y aplausos.

Emilio sonriendo benévolo decidió abrir el presente y para su sorpresa descubrió una brillante pistola dorada. Sin comprender el significado buscó la mirada del superior, que impasible esperaba la reacción del homenajado manteniendo una burlona sonrisa.

Desconcertado, Emilio miró a sus compañeros en espera de ayuda, pero todos tenían la misma expresión burlona del jefe y expectantes estaban a la espera de ver lo que vendría a continuación.

El jefe, ahora sonriendo abiertamente continuó...

-Vigilante Marazzani, éste es nuestro presente por haber sido seleccionado como el mejor tirador del cuerpo -luego tomando el arma de manos de Emilio le apuntó directamente al pecho al tiempo que apretaba el gatillo...

Se oyó un clic y una pequeña llama dorada se proyectó del cañón del arma.

La algarabía volvió a atronar el recinto con aplausos y vítores interminables. Todos los presentes gritaban enloquecidos. Emilio fue nuevamente levantado en hombros mientras sus compañeros entonaban el himno del cuerpo policial, llevando al sorprendido vigilante en una improvisada Vuelta Olímpica que terminaría al lado del Inspector Jefe.

-Ya no necesitarás pedirle fósforos a todo el mundo.

-Jajajajaaaa -reía el jefe mientras le entregaba la original pistola-encendedor.

-Señores -el jefe volvió a llamar la atención-. Ahora y para finalizar debo anunciaros que hemos decidido nominar al oficial segundo Marazzani Visconti como nuestro delegado, para que en virtud de su experticia ya ampliamente demostrada nos represente en el próximo Campeonato Sudamericano de Tiro con Rifle, que se inaugura esta semana en el Polígono de Surco

-¡Le deseamos éxito a nuestro compañero de armas!

Nuevamente el recinto fue inundado por los vítores y los aplausos de los presentes, quienes eufóricos apuraban las copas del burbujeante champaña en un último brindis. A continuación todos se acercaron a Emilio para felicitarlo, deseándole el triunfo en el reto al que se enfrentaría.

Como era de suponer, Emilio diestro en el manejo de todo tipo de armas ocupó el primer lugar en el campeonato de tiro de ese año y además de llevarse la espléndida copa confeccionada en pura plata por la Orfebrería Camusso, fue obsequiado por sus compañeros con unas vacaciones pagadas de dos semanas en Italia.

Los últimos días habían sido de mucho trajín, pero finalmente llegó el fin de semana y Emilio pudo descansar y prepararse para el ansiado viaje que le llevaría a la antigua ciudad de Nápoles. Aún tenía frescas las últimas palabras de su padre el conde Agostino; quien hasta el final de sus días le encomendó encarecidamente visitar esas tierras, que eran las de sus ancestros, como dijo antes de morir.

Diligente como era, Emilio buscó los antiguos documentos que le había entregado el conde y que aseveraban que el apellido Marazzani provenía de una rama de la estirpe de los Marzano de Nápoles. Los documentos no consignaban nombres, solo mencionaban que uno de ellos había emigrado a la ciudad de Rímìni, la muy antiquísima Ariminum de los romanos ubicada a

orillas del adriático, estableciéndose allí con su familia a mediados del siglo once y que con el devenir del tiempo, a sus descendiente se les llegó a conocer como los Marazzani; la forma latina en que había derivado el apellido Marzano en aquellas tierras.

El MS Vulcania ya se encontraba listo para zarpar y los pasajeros que embarcaban en el puerto del Callao ya se hallaban a bordo atestando las barandillas de cubierta. Todos trataban ansiosos de darle un último vistazo al sombrío puerto Chalaco, mientras los dos poderosos motores del ultra moderno trasatlántico italiano de más de ciento noventa metros de eslora, eran puestos en marcha y un denso humo negro se desprendía furioso de la enorme chimenea central, anunciando su inminente partida.

Emilio había sido instalado en uno de los camarotes de primera clase, con todas aquellas comodidades que en esos tiempos semejaban a las de un hotel de cinco estrellas. La enorme cama matrimonial había llamado la atención de Emilio tan solo entrar; nunca había tenido oportunidad de dormir en algo tan espectacular-. De seguro que tendría pesadillas- pensó mientras absorto contemplaba la hermosa reproducción del “Baile en el Moulin” de Renoir, que mostraba una colorida escena parisina de fines de siglo, debajo de la cual en una pequeña placa dorada se podía leer: “Bal du moulin de la Galette”.

El detective sonriendo pensaba que había sido un magnífico regalo el que le habían obsequiado sus compañeros. En ese momento se dejó oír un estridente pitido que anunciaba la partida del barco, mientras un leve temblor se dejaba sentir sobre el piso alfombrado del camarote.

Sobrecogido por la emoción de la partida Emilio se apresuró a salir al pequeño balcón; quería llevarse todas esas imágenes de los últimos instantes de su primer viaje por mar, tratando de guardarlas en su memoria.

Una espesa bruma había comenzado a caer sobre la costa y con dificultad se podían distinguir las almenadas murallas del sobrio Real Felipe, el emblemático fuerte que fuera construido

por los españoles y que posteriormente fue escenario de la famosa batalla del 2 de Mayo, donde los peruanos lograron detener a la poderosa escuadra española que había sido enviada para tratar de recuperar las colonias.

El aire era húmedo y meloso pero Emilio no reparó en esos nimios detalles; embelesado disfrutaba de esas últimas vistas que tenía del litoral peruano, que se alejaba conforme el lujoso crucero aceleraba su marcha internándose en el rugiente mar abierto del gran pacífico, rumbo al viejo continente, donde La Sibila, la milenaria bruja de Nápoles ya le estaba esperando.

La travesía en el lujoso transatlántico resultó ser una experiencia inolvidable para Emilio, fueron dos semanas en las que el tiempo transcurrió entre galas en los salones de la nave y bellos atardeceres en cubierta, donde cada día se despedía más esplendoroso que el anterior; Finalmente el sábado 29 de julio, el MS Vulcania atracó en el puerto de la espectacular bahía de Nápoles, dando término al viaje.

